

Vencidos los defensores del peñol de Cuina, el ejército continuó su marcha, atravesando las laderas del cerro Gordo, valle de Zapotlan y pueblo de Acatique, siguió las pintorescas orillas del rio Tecamapuli y llegó á la vista de otro peñol, en la barranca de Tonalá, en que se encontraban varios escuadrones indios. El virey se disponia á enviarles proposiciones de paz; pero los sublevados, sin esperar, abandonaron precipitadamente la posicion, y emprendieron la fuga hácia otras sierras ocupadas tambien por guerreros indios. D. Antonio de Mendoza destacó una fuerza de caballería para que les persiguiera, y alcanzados fácilmente en el llano que mediaba de una posicion á la otra, fueron hechos prisioneros. El virey les trató con amabilidad, y no les impuso mas castigo que el de hacerles cargar algunos bagajes en los puntos en que habia necesidad de indios de carga. Con el objeto de dar algun descanso á las tropas, el virey se detuvo dos dias en los pueblecitos inmediatos al rio, y escribió entretanto al gobernador Cristóbal de Oñate, anunciándole el triunfo alcanzado en el peñol de Cuina y del sitio en que se hallaba. Le decia, además, que no desamparase Guadalajara y que fuese á reunirse con él cuando se hallase á punto de llegar al peñol de Nochiztlan, que se encontraba á doce leguas de distancia. El gobernador, contento de la noticia, dejó cincuenta hombres en la ciudad, al mando del oficial Juan del Camino, y él, con otros cincuenta entre infantes y jinetes, mandados por el capitán Miguel de Ibarra, que era encomendero de los indios fortificados en el peñol de Nochiztlan, salió á reunirse con el virey. Marchó Cristóbal de Oñate con su gente por las

feraces tierras de Contla, y bajando al rio de Temacapuli, llegó al mismo tiempo que el virey á un sitio próximo al peñol de Nochiztlan.

Reunido el ejército, que se componia de seiscientos españoles y de cincuenta mil auxiliares indios, se levantaron ligeras chozas para alojamiento del soldado, y quedó formado el campamento.

El peñol de Nochiztlan era la posicion mas importante de los sublevados. En él se encontraba la fuerza mayor y mas escogida de los escuadrones indios. Los habitantes de las poblaciones de Tecoaltichi, que eran los cascates mas valientes, y un número considerable de zacatecos habian ido á engrosar las filas de los defensores de la inexpugnable posicion. Para hacer mas formidable el punto que se proponian defender, reforzaron siete parapetos que tenian contruidos, dándoles mayor espesor y altura; hicieron un considerable acopio de armas; se proveyeron de víveres para mucho tiempo, y colocaron enormes peñas en los sitios mas pendientes, para dejarlas rodar sobre los asaltantes.

El virey D. Antonio de Mendoza, acompañado de varios capitanes se acercaron al peñol para hacer un reconocimiento; y de acuerdo los dos jefes en el plan de ataque, se procedió á dar las instrucciones necesarias para emprenderlo. Con el mayor orden y prontitud se cercó el peñol que se levantaba en medio del llano, y se repartió el campo en seis escuadrones: situó su real detrás del peñol, hácia el camino de Tecoaltichi, y Cristóbal de Oñate, con la gente que habia llevado de Guadalajara, formó el suyo en el sendero que conducia á Jalpa. Los

escuadrones tlaxcaltecas, mejicanos y tarascos, se distribuyeron convenientemente, apoyando en seis columnas los cuarteles.

Mientras las tropas del virey se situaban en los puntos que tenian señalados, los indios que defendian el peñol se dejaron ver en lo alto de la cima, dando horribles alaridos, tocando sus caracoles marinos y agitando sus banderas. Eran sesenta mil guerreros los que se hallaban ocupando las escarpadas rocas. Al frente de ellos y rodeado de los principales caciques y capitanes, se descubria al general indio D. Diego Zacatecas, por otro nombre Tenamaztle, vestido lujosamente y ostentando un brillante penacho de variadas plumas.

El virey, antes de emprender el ataque, dispuso enviar personas que les inspirasen confianza, proponiéndoles la paz y ofreciéndoles perdon por lo pasado. Eligió para desempeñar la importante comision, á tres misioneros y al capitan D. Miguel de Ibarra. Era éste, como antes he dicho, encomendero de los sublevados del peñol de Nochiztlan. Los indios le querian mucho, y el virey, no dudando que le oirian con gusto, hizo que formase parte de la comision, esperando que el ascendiente que tenia entre los indígenas, les inclinaria á dejar la actitud hostil (1). Los

(1) Este hecho de elegir á un encomendero para atraer á la paz á los indios de su encomienda, prueba que la sublevacion no reconocia por origen el maltrato de los encomenderos, sino el de verse obligados á renunciar á sus muchas mujeres y á otras costumbres que la moral cristiana les vedaba. «Su encomendero el capitan D. Miguel de Ibarra, que les envió el virey á ese fin (de que

comisionados se acercaron al punto mas avanzado en que estaban los indios sublevados. Los religiosos entonces les dirigieron la palabra, suplicándoles que volviesen á sus casas, y ofreciéndoles que nadie les molestaria. La misma súplica les hizo el capitan Miguel de Ibarra, recordándoles el aprecio que siempre le habian manifestado, y asegurándoles que el virey les trataria como á hijos. La contestacion de los sublevados fué decir que estaban dispuestos á luchar y que no dejarian las armas hasta triunfar ó morir.

Ocho dias permaneció el ejército sin emprender ataque ninguno sobre las posiciones enemigas, trabajando en todos ellos el virey en persuadirles, por medio de promesas de perdon y de amistad, á que no insistiesen en su propósito de guerra. Viendo que sus esfuerzos pacíficos eran inútiles, dispuso el ataque y mandó dar el asalto. Los soldados de infantería, cubriéndose con sus rodela, emprendieron la subida en medio de un diluvio de flechas y de piedras que arrojaban los contrarios: parte de los jinetes, dejando sus caballos, avanzó en la misma forma, mientras el resto de la caballería quedaba resguardando las faldas del peñol, pronta á acudir en auxilio de la infantería. El virey hizo llevar tres piezas de montaña hasta el primer parapeto de los contrarios, en que ayudaron eficazmente los indios auxiliares. Los certeros tiros de la

dejasen la actitud hostil), por parecerle que le oirian de buena gana, pues le querian y tenia mucho ascendiente sobre ellos.» El padre Beaumont, *Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan.*

artillería abrieron paso á los asaltantes que, acometiendo con ímpetu á los defensores, les obligaron á retirarse precipitadamente á la segunda albarrada. Ganado el primer parapeto, se acercaron los cañones para batir el segundo, que fué tomado de la misma manera. Así llegaron los asaltantes hasta la última, situada en lo mas alto del peñol y defendida por el grueso del ejército indígena. El general Tenamaztle, acompañado de sus más valientes capitanes, animaba á sus escuadrones á la pelea. El virey, aprovechando el entusiasmo que reinaba en sus tropas y las aliadas, dió la orden de avance; y los soldados, dando el grito de «Santiago y á ellos», ganaron la cima, arrojando de ella á sus contrarios. El primero que puso el pié en la cúspide enarbolando la bandera de Castilla, fué el capitán Iñigo Lopez de Anuncibay. Los sublevados, perseguidos de cerca, trataron de huir por una escabrosa ladera; pero los tlaxcaltecas, tarascos y mejicanos, prácticos en atravesar serranías, les salieron al encuentro, haciendo una horrible carnicería, y acaso hubieran acabado con todos los contrarios á no haberlo estorbado el virey que se presentó á ellos. Seis mil fueron los muertos que dejaron los vencidos sobre el campo de batalla, y diez mil los prisioneros. Entre éstos se hallaba el mismo general en jefe Tenamaztle con lo mas granado de sus capitanes. El virey le trató con suma afabilidad, y mandó que se le tratase con toda consideracion. El capitán Miguel de Ibarra, viendo prisioneros á los indios que pertenecian á su encomienda, mandó que los pusiesen en libertad, aumentando así el cariño que le profesaban los naturales de Nochiztlan.

Alcanzada la victoria, el ejército descansó un dia en la poblacion, y al siguiente salió para Juchipila, donde tuvo origen la sublevacion, y que distaba nueve leguas de Nochiztlan. El virey, despues de atravesar un país montuoso, descendió á un terreno llano, y llegó al pueblo de Juchipila, que lo encontró sin gente. Sus habitantes, lo mismo que los de otras aldeas que se hallaban á las faldas de los montes, se habian retirado al peñol de Mixton, que está enfrente del pueblo de Apotzol. D. Antonio de Mendoza llevaba consigo al general indio Tenamaztle que habia caido prisionero en el peñol de Nochiztlan. El jefe indio, cautivado del buen trato del virey, le habia ofrecido pacificar la provincia; y el gobernante español confiaba en ver realizada su promesa. Animado de las mas lisonjeras esperanzas, dió orden al capitán Francisco Maldonado de que marchase con dos compañías de caballería al Mixton, llevando al general Tenamaztle para que hablase á los sublevados. El resultado fué satisfactorio para el virey. El cacique de Nochiztlan llamó á los guerreros que defendian el cerro, y sin detenerse bajaron á conferenciar con él. Entonces les refirió los pormenores del combate en que habia sucumbido; la benignidad con que habian sido tratados los jefes por el virey, y la generosidad de haber puesto en libertad á los prisioneros. Tocó luego otros puntos relativos á la conveniencia de guardar buena amistad con los castellanos, y logró persuadirles á que depusiesen las armas y pidiesen la paz. Dejada la actitud hostil por los escuadrones indígenas del cerro de Mixton, siguieron su ejemplo los demás indios confederados situados en los demás peñoles, y el

país quedó completamente pacificado. El virey dió las gracias al cacique de Nochiztlan por el servicio prestado y le colmó de favores.

1542. Despues de haber descansado el ejército algunos dias en el pueblo de Juchipila, emprendió la marcha hácia un pueblo situado donde se juntan los dos rios, el Grande y el de San Cristóbal. El objeto del virey era recorrer los sitios de la Nueva Galicia en que la sublevacion habia tenido mayor fuerza, á fin de inspirar confianza á sus habitantes y dejarles entregados á sus ocupaciones. En el valle de Tonalá salieron los indios á manifestar su lealtad á los españoles, y sus caciques dijeron al virey que tenian la satisfaccion de haberse conservado en la amistad de los castellanos y en la obediencia que debian á su rey. D. Antonio de Mendoza obsequió á los jefes indios, y se despidió de ellos encargándoles la perseverancia en su lealtad. Encontrando la misma acogida benévola, recorrió varios pueblos situados á las márgenes de la grandiosa laguna de Chapala, y satisfecho de la buena disposicion que manifestaba la provincia entera de continuar siendo leales á la corona de Castilla, se dispuso á volver á Méjico. Antes, sin embargo, de salir de la Nueva Galicia, quiso despachar una armada por el mar del Sur á nuevos descubrimientos. Se aprovechó para poner en planta su deseo, de la escuadra que Pedro de Alvarado habia reunido con el mismo objeto. Dió el mando de dos buques á Juan Carrillo Portugués, mandándole que navegase por la costa occidental de Californias, hasta encontrar el fin de la América septentrional, y al licenciado Rui Lopez de Villalobos le confió el mando de seis

barcos, con orden de que caminase al Poniente, en busca de las islas de la Especería. Carrillo se hizo á la vela en el puerto de la Natividad; y despues de haber recorrido diversos puertos de aquella península, en cuarenta grados, descubrió varios montes cubiertos de nieve, y por último un gran cabo que denominó *Mendocino*, en honor del virey. Continuando su navegacion, encontró en Enero del siguiente año el cabo de la *Fortuna*, y hallándose en Marzo á cuarenta y cuatro grados, escaso ya de víveres y con intensos frios, regresó al puerto. La expedicion al mando de Rui Lopez de Villalobos sufrió notables privaciones y trabajos. Al pasar por un archipiélago, supo que habia perecido allí un buque que Hernan Cortés envió al Asia, y que la tripulacion habia dado muerte al capitan Grijalva. La flota, despues de haber tocado en las islas de Luzon, llamadas Filipinas en honor del principe de Asturias, llegó á Tidor, donde los expedicionarios no fueron bien acogidos por los portugueses. Despues de haber recorrido por espacio de cuatro años diversos puntos hasta entonces desconocidos, volvió á Europa por el cabo de Buena Esperanza. Rui Lopez de Villalobos murió en Francia completamente olvidado.

Mientras los capitanes de las dos escuadrillas se habian dirigido por el rumbo que les habia indicado el virey Mendoza al enviarles á los anhelados descubrimientos, los indios de la Nueva Galicia se manifestaron contentos y tranquilos. Los misioneros fundaron varios pueblecillos donde se entregaban á la enseñanza de los naturales; y la actual ciudad de Guadalajara, una de las mas hermosas que cuenta Méjico, empezó á fundarse

el 5 de Febrero de 1542, pues la que hasta entonces habia llevado ese nombre, se hallaba situada en el valle de Tlacotan.

1543. El virey D. Antonio de Mendoza, aunque habia dispuesto su vuelta á la ciudad de Méjico, se detuvo todavía algunos meses mas en la Nueva Galicia, con el fin de conocer el país y dar al gobernador las instrucciones convenientes á la buena marcha de la provincia. Entonces supo que la expedicion enviada al descubrimiento del ponderado reino de Quivira, no habia encontrado mas que miserables chozas desparramadas en vastísimas llanuras, y que Francisco Vazquez Coronado volvia triste por el mal resultado de la empresa. Mucho sintió el virey ver desvanecidas las lisonjeras esperanzas que le habian hecho concebir de la aurífera region de las siete ciudades; pero su pena la encontraba compensada con la satisfaccion de ver tranquila á la Nueva Galicia. D. Antonio de Mendoza permaneció por algun tiempo en Etzatlán, provincia que se componia de mas de veinte mil indios: trató afablemente á los caciques que siempre se habian manifestado fieles á los españoles; dejó á la tropa, que Pedro de Alvarado habia mandado situarse en aquel sitio, en libertad de retirarse ó permanecer allí; envió la misma facultad á los soldados de las fronteras de Autlán, Zapotlán y á los de todas las guarniciones que habia puesto el adelantado, y en seguida tomó el camino de Méjico.

1544. Obsequiado en su tránsito por los indios de la Nueva Galicia y de Michoacán, se manifestó amoroso con ellos, y fundando la ciudad de Valladolid, que

ordenó fuese la capital de la provincia, entró en Méjico, donde fué recibido espléndidamente por mejicanos y españoles.

Casi en los mismos dias en que el virey Mendoza se complacia de haber atraído á la obediencia á los pueblos sublevados de la Nueva Galicia, Nuño de Guzman, que habia hecho la conquista de ellos durante la primera Audiencia, moria pobre y despreciado en España, sin haber logrado que se terminasen sus asuntos. Viviendo en calidad de preso en Torrejon de Velasco, embargados sus bienes, sin amigos, sin favor en la corte y careciendo de lo mas preciso á la vida, murió pobre y abandonado en 1544, cuando estaba para verse su residencia. Acaso le esperaba morir en el cadalso á manos del verdugo al darse la sentencia; pero si el haber expirado antes le libró de la afrenta de subir á un patibulo, no por esto dejó de pagar con los padecimientos sufridos por espacio de siete años en la prision y en el destierro, los actos de crueldad cometidos durante el tiempo de su gobierno. Habia nacido Nuño de Guzman en Guadalajara, capital de la provincia de su nombre en España, de padres nobles y acomodados. Era de buena estatura, de notable valor, pero cruel y codicioso de riquezas, discreto y de grata conversacion, docto en su facultad de leyes, y sufrido en los trabajos. Su inhumanidad y su codicia causaron su caida; y cuando podia haber dejado á la posteridad la memoria de grandes hechos, solo dejó la de sus injusticias y arbitrariedades.

Durante el tiempo que el virey se habia ocupado en pacificar la Nueva Galicia, el padre Fray Bartolomé de

las Casas trabajó activamente en la corte de España por la abolición de los repartimientos. Dotado de una imaginación viva, pintó á los encomenderos eludiendo las leyes dadas por el monarca en favor de los indios, y agobiándolos con el peso de un trabajo matador. Conmovido el monarca ante el cuadro trazado por el filántropo dominico, ordenó que se viesen en su Consejo los memoriales que le habia entregado, y que se proveyese inmediatamente al remedio. Entonces se formaron unas Ordenanzas que se llamaron las nuevas leyes para la Nueva España y el Perú, en que brillan la piedad y el cariño de los Reyes Católicos hácia los naturales de la América. Carlos V, que habia confiado en que el virey Mendoza hubiese hecho cumplir las disposiciones dadas por la corona en favor de los indios, quedó sorprendido con la conmovedora relacion hecha por el padre Las Casas.

Las nuevas leyes prescribian lo mismo que se habia prescrito en las expedidas anteriormente en beneficio de los naturales. Se mandaba que no se hiciesen esclavos ni aun á los sublevados que se cogiesen con las armas en la mano: que se evitasen los pleitos entre los indígenas, y que cuando no hubiese otro medio de arreglar sus diferencias, se expidieran sumariamente, arreglándose los jueces á los usos de aquellos pueblos: que se cuidara de que los españoles trataran bien á los indios, pues eran no menos libres que ellos, y que no se les hiciese llevar carga ninguna, á no ser en caso indispensable, no debiendo exceder el peso de aquello que fácilmente pudiese llevar un hombre.

A estos mandamientos se agregó otro de notable im-

portancia. Se decia en él, que, para cortar de raiz la causa de todo acto injusto con los indios, se quitaran inmediatamente los repartimientos á los oficiales reales, jueces y obras pias. Respecto de los conquistadores y pobladores que tenian encomiendas, continuarian en posesion de ellas durante su vida; pero en muriendo, debian entrar en la corona, sin que las heredasen los hijos. Para la ejecucion de estas leyes fué enviado á la Nueva España el licenciado Francisco Tello de Sandoval, persona de gran prudencia, autoridad y rectitud, con el título de visitador general del Consejo.

Recibidas las instrucciones reales, se embarcó en el instante que arregló sus negocios, y desembarcó en San Juan de Ulua el 12 de Febrero de 1544. Despues de haberse detenido algunos dias en varias poblaciones, entró en la ciudad de Méjico el 8 de Marzo, donde fué recibido con las distinciones debidas á la elevada posicion que ocupaba. Terminadas las atenciones de recepcion, se alojó en el convento de los religiosos dominicos. No se llegó á traslucir al principio la comision que llevaba, y se creyó que no era otra que la de visitar la Real Audiencia. Pronto, sin embargo, llegó á saberse las órdenes que llevaba del monarca. No presentaba aun sus despachos, y ya habia cundido la noticia de que iba á poner en ejecucion las leyes dadas para que terminasen las encomiendas al morir los que las tenian, sin que las heredasen sus hijos. La sensacion que causó la nueva, fué profunda. Los encomenderos, así como sus hijos, que eran los nuevos americanos, se manifestaban quejosos de la providencia. Decian que era injusto que terminase con el poseedor el